

XVII

El Tentador

Lo que hacía más terrible aún la situación de Hoffmann porque añadía la humillación al dolor, era que no le habían llamado á casa de Arsenia como hombre á quien ella había visto en la orquesta del teatro de la Ópera, sino pura y simplemente como pintor, como máquina de retratar, como espejo que refleja el objeto que se le presenta. De aquí nacía la indiferencia con que Arsenia había dejado caer en presencia suya y una tras otra todas las piezas de su vestido; de aquí su asombro cuando él le había besado la mano; de aquí también su cólera, cuando al darle tan áspero beso en el hombro, la había dicho que la amaba.

Y en efecto, ¿no era una verdadera locura en un simple estudiante alemán, llegado á París con sólo trescientos ó cuatrocientos thalers, es decir, con una cantidad insuficiente para pagar la alfombra de su recibimiento el aspirar al amor de la bailarina que estaba en moda, de la querida del pródigo y voluptuoso Dantón? No era el sonido de las palabras el que conmovía á aquella mujer, sino el sonido del oro; no era su amante el que la amaba más, sino el que la pagaba más. Tenga más dinero Hoffmann que Dantón, y se pondrá á Dantón en la puerta de la calle desde el momento en que aparezca Hoffmann.

Lo cierto, entre tanto, era que quien se había visto lanzado á la puerta de la calle era Hoffmann, y no Dantón.

Volvióse aquél á su casa más humilde y más triste que nunca. Había tenido esperanzas mientras no se había

visto delante de Arsenia; pero lo que había visto, aquella indiferencia con que le había mirado, el lujo que rodeaba á la hermosa bailarina y del que no dependía sólo su vida física, sino también su vida moral, todo aquello daba á entender al joven alemán que, á no contar con una cantidad inmensa, ó lo que es lo mismo á no contar con un verdadero milagro, le era imposible tener ni aun la esperanza de la posesión.

Así es que entró en su casa verdaderamente postrado: el sentimiento raro que experimentaba por Arsenia, sentimiento exclusivamente físico, exclusivamente atractivo, y en que el corazón no se interesaba en lo más mínimo, se había manifestado hasta entonces en deseos, irritación y fiebre.

En aquel momento los deseos, la irritación y la fiebre se habían convertido en una postración profunda.

Sólo una esperanza quedaba á Hoffmann y era buscar al médico negro y pedirle consejos, aun cuando era un hombre en quien había cierta cosa rara, fantástica y sobrehumana, y se le figuraba que desde el momento en que se acercaba á él, salía de la vida real y entraba en una abstracción á la que no le seguían su voluntad ni su libre albedrío, y en la que llegaba á ser juguete de un mundo que existía para él y no para los demás.

Al día siguiente volvió al café de la calle de la Monnaie á la hora acostumbrada; pero aunque se envolvió en una nube de humo, no se le apareció ningún rostro semejante al del doctor, y aunque cerró los ojos, no halló á nadie, después de abrirlos, en el taburete que había puesto á propósito al otro lado de la mesa.

Así pasaron ocho días.

En el último día, impaciente ya, salió del café una hora antes de lo acostumbrado, es decir, á cosa de las cuatro de la tarde, y por Saint-Germain l'Auxerrois y el

Louvre, llegó maquinalmente á la calle de San Honorato.

Apenas había llegado, observó que había mucha gente al lado del cementerio de los Inocentes, y se fué acercando á la plaza del Palacio Real. Recordó lo que le había pasado el día después de su llegada á París, y el ruido y rumor le pareció del mismo género que el que había oído cuando la ejecución de Mad. Dubarry. Eran las carretas de la Conserjería que se encaminaban hacia la plaza de la Revolución, cargadas de condenados á muerte.

Ya se sabe cuánto horrorizaba á Hoffmann este espectáculo : viendo que las carretas se acercaban rápidamente, se entró en un café situado en la esquina de la calle de la Ley, y volviendo la espalda á la puerta, cerró los ojos y se tapó los oídos, porque aun resonaban en su corazón los gritos de Mad. Dubarry : después calculando que ya habrían pasado las carretas, se volvió, y vió, con gran admiración suya, á su amigo Zacarías Werner, bajándose de una silla en que se había subido para verlo todo.

— ¡ Werner ! exclamó Hoffmann corriendo hacia él ; ¡ Werner !

— ¡ Calla ! ¿ eres tú ? ¿ En dónde estabas ?

— Allí, allí ; pero con las manos en los oídos, para no oír los gritos de esos infelices, y los ojos cerrados para no verlos !

— Has hecho mal, amigo mío, le dijo Werner : eres pintor, y lo que hubieras visto te hubiera dado asunto para un cuadro maravilloso. Mira : iba en la tercera carreta una mujer que era una verdadera maravilla por su cuello, por sus hombros y por sus cabellos, cortados por detrás, pero que le caían por los lados hasta tocar el suelo.

— Oye, respondió Hoffmann : en esa materia he visto

cuanto se puede ver ; he visto á Mad. Dubarry y basta : si algún día quisiera hacer un cuadro tendré lo suficiente con ella ; pero ya no quiero hacer cuadros.

— ¿ Por qué ? preguntó Werner.

— Le he tomado horror á la pintura.

— ¿ Has encontrado algún nuevo obstáculo ?

— Amigo Werner, como me quede en París me vuelvo loco.

— Te volverás loco donde quiera que te encuentres, querido Hoffmann ; por consiguiente, lo mismo da París que otro punto cualquiera : dime qué es lo que te vuelve loco.

— ¡ Ay amigo mío ! estoy enamorado.

— ¿ De Antonia ? Ya lo sé : me lo has dicho.

— ¡ No ! Antonia... exclamó Hoffmann, estremeciéndose, Antonia es otra cosa ; la amo.

— ¡ Cuidado si la distinción es sutil ! cuéntame lo que te pasa. — ¡ Ciudadano oficioso ! ¡ cerveza ! ¡ vasos !

Ambos jóvenes llenaron sus pipas, y se sentaron á los dos lados de la mesa colocada en un rincón del café.

Allí contó Hoffmann á Werner todo lo que le había sucedido desde la noche en que había estado en el teatro de la Ópera, y en que había visto bailar á Arsenia, hasta aquel en que las dos mujeres lo habían echado del gabinete.

— ¿ Y qué hay en eso ? dijo Werner cuando Hoffmann acabó su relación.

— ¿ Qué hay ? replicó éste, admirado de que su amigo no estuviese tan abatido como él.

— Pregunto, repuso Werner, ¿ qué motivo hay en eso para desesperarse ?

— Hay, amigo mío, que ahora que sé que no se puede conseguir á esa mujer más que á fuerza de dinero, doy ya por perdidas todas mis esperanzas.

— ¿ Y por qué las das por perdidas !

— Porque jamás tendré quinientos lises que echar á sus pies.

— ¿Y por qué no los has de tener? Yo los he tenido; y no quinientos; sino mil, dos mil...

— ¿Y en dónde diablos quieres que los halle yo? exclamó Hoffmann.

— En el Eldorado de que te he hablado varias veces; en la fuente del Pactolo, amigo mío; ¡ en el juego!

— ¡ En el juego! dijo Hoffmann estremeciéndose: ¿pues no me has oído que tengo jurado á Antonia el no jugar más?

— ¡ Bah! repuso Werner riéndose; también habías jurado serle fiel.

Hoffmann lanzó un largo suspiro y estrechó el medallón contra su pecho.

— En el juego, amigo mío, continuó Werner; ¡ está sí que es banca! No la de Manheim ni la de Hambourg, que quiebran por unos cuantos miles de francos. ¡ Un millón, amigo mío! ¡ un millón! ¡ Ruedas de molino de oro! Allí está, si no me engaño, todo el oro de Francia: no hay esos miserables papeles, esos pobres asignados que pierden en el cambio las tres cuartas partes de su valor... Hermosos lises de todos tamaños... ¡ Calla! ¿quieres verlos?

Y Werner sacó de un bolsillo y enseñó á Hoffmann un puñado de lises, cuyos reflejos atravesaron por el cristal de sus ojos, y llegaron hasta el fondo de su cerebro.

— ¡ Oh! no, no, jamás! exclamó Hoffmann, acordándose á un mismo tiempo de la predicción del oficial veterano y de los ruegos de Antonia; ¡ jamás jugaré!

— Harás mal, porque siendo tan afortunado en el juego, desbancarías al momento.

— ¡ Y Antonia! ¡ y Antonia!

— ¡ Eh! amigo mío; ¿quién ha de ir á decirle que has jugado, que has ganado un millón, ni que con veinti-

cinco mil libras, has satisfecho tu capricho con la bailarina? Créeme, haz lo que digo; vuelve á Manheim con novecientas setenta y cinco mil libras, y no te preguntará, ni de dónde has sacado las cuarenta y ocho mil y quinientas libras de renta, ni lo que has hecho con las veinticinco mil libras restantes.

Y Werner se levantó mientras decía estas palabras.

— ¿Adónde vas? le preguntó su amigo.

— Voy á ver á mi querida, á una dama de la comedia francesa que me honra con sus bondades, y á quien doy en gratificación la mitad de mis ganancias. ¡ Vaya! soy poeta y me voy al teatro literario; tú eres músico, y escoges en un teatro en que se canta y se baila. ¡ Buena suerte, amigo mío! ponme á la disposición de la señorita Arsenia. No te olvides del número de la banca: es el 113. Adiós.

— ¡ Oh! murmuró Hoffmann; ya me lo habías dicho, y no se me había olvidado.

Pero á pesar de que Werner se había ido, Hoffmann no se había quedado solo. Todas las palabras se habían hecho visibles y palpables: estaban allí, brillando ante sus ojos, murmurando en sus oídos.

Y en efecto; ¿en dónde podía Hoffmann hallar oro, sino en la fuente del oro? ¿No era la única posibilidad de un deseo imposible de realizarse? ¡ Oh, Dios mío! Werner se lo había dicho: ¿no había faltado ya á una parte de su juramento? ¿Pues qué importaba faltar también á la otra?

Además; Werner le había dicho también, que no eran solo veinticinco, cincuenta, ni cien mil libras las que podía ganar. Los horizontes materiales de los campos, de los bosques, del mar mismo, tienen un límite; pero el horizonte del tapete verde no lo tiene. El demonio del juego es como Satanás; tiene poder para llevar al juga-

dor á la montaña más alta de la tierra, y enseñarle desde allí todos los reinos del mundo.

Y luego, ¡ qué felicidad, qué orgullo el de Hoffmann, cuando volviese á la casa de Arsenia, y al mismo gabinete de que le habían echado ! ¡ Con cuánto desdén no podría humillar á aquella mujer y á su terrible amante, cuando por toda respuesta á la pregunta, ¿ qué venis á hacer aquí ? dejase caer como Júpiter una nueva lluvia de oro sobre la nueva Dánae !

Y aquello no era alucinación de su espíritu, ni menos de su imaginación; aquello era la realidad; aquello era posible. Las probabilidades eran las mismas para ganar que para perder, y aun más para ganar, porque Hoffmann era afortunado en el juego.

¡ Oh, el número 113 ! ¡ el número 113 cómo llamaba á Hoffmann con su ardiente guarismo ! ¡ cómo lo guiaba, cual faro infernal, hacia el abismo en que gime el vértigo rodando por un lecho de oro !

Hoffmann luchó más de una hora con la más ardiente de todas las pasiones; pero conociendo después que no podía resistir más, echó en la mesa una moneda de quince sueldos, regalándole al oficioso la diferencia, y, corriendo sin detenerse, llegó al muelle de las Flores, subió á su cuarto, tomó los trescientos thalers que le quedaban, y sin pararse á reflexionar se metió en un carruaje, gritando :

— ¡ Al palacio Igualdad !

XVIII

El número 113

El palacio Real, que se llamaba entonces el palacio Igualdad y que hoy se llama el palacio Nacional, porque entre nosotros lo primero que hacen los revolucionarios es mudar los nombres de las calles y plazas, aun cuando después se los devuelven las restauraciones; el palacio Real, decimos, porque de este modo estamos más acostumbrados á llamarle, no era en aquella época lo que es hoy; pero en la parte pintoresca y aun extravagante se parecía mucho, principalmente de noche, y más especialmente á la hora en que llegaba Hoffmann.

Lo que hoy se llama Galería de Orleans estaba ocupado entonces por una doble galería de madera, que más tarde se había de convertir en paseo de seis filas de columnas dóricas; donde hoy están los tilos había entonces castaños, y donde hoy se halla el estanque, había entonces un circo.

Pero no creáis que este circo era lo que el espectáculo á que damos hoy este nombre : no; los acróbatas que maniobraban en el circo del palacio Igualdad en nada se parecían al inglés Mr. Price, que había maravillado algunos años antes á toda la Francia, y de quien son descendientes los Mazuriel y los Auriol.

El circo estaba ocupado en aquel tiempo por *los amigos de la verdad*, quienes echaban sus funciones, á las que se podía asistir con sólo abonarse al periódico titulado : *La boca de hierro*. El número publicado por la mañana era el

billete con que se entraba de noche en aquel lugar delicioso, para oír los discursos de todos los federados, reunidos, según decían, con el laudable fin de proteger á gobernantes y gobernados, de discutir imparcialmente las leyes y de ir por todas partes buscando á la verdad, y una vez hallada, enseñársela á todo el mundo.

Siempre ha habido en Francia muchos hombres convencidos de que á ellos solos pertenece ilustrar á la multitud, y de que los demás hombres no son más que una muchedumbre de ignorantes.

¿En qué ha convertido el viento de lo pasado, los nombres, ideas y vanidades de aquellos hombres?

El circo sin embargo hacía su parte de ruido en el ruido general del palacio Igualdad, y mezclaba sus chillidos con el general concierto de chillidos que resonaban por la noche en sus jardines.

Porque, necesario es decirlo, en aquella época de miseria, destierros, terror, y proscripciones, el palacio Real había llegado á ser el centro á que iba la vida, sofocada de día por las pasiones y las luchas, para buscar el sueño durante la noche, y esforzarse por olvidar aquella verdad que trataban de buscar los individuos del círculo social, y los accionistas del circo. Mientras que todas las calles de París estaban oscuras y desiertas; mientras que siniestras patrullas, compuestas de carceleros de aquel día y verdugos del día siguiente, rondaban como tigres buscando presa; mientras que en el hogar doméstico, donde faltaba un pariente ó un amigo, muerto ó emigrado, se referían en baja voz y con gran tristeza los temores y dolores pasados y presentes; el palacio Real, radiante como el genio del mal, encendía sus ciento ochenta arcadas, ostentaba sus joyas en las vidrieras de los joyeros y lanzaba en medio de las carmañolas populares, y al través de la miseria general, un sinnúmero de mujeres perdidas, ostentosas en diamantes, pintadas de

blanco y encarnado, vestidas, en cuanto bastaba para estarlo, con terciopelos y sedas, y paseando bajo los árboles y por las galerías su espléndido impudor. Este lujo de la prostitución era la mayor ironía contra lo pasado; el mayor insulto á la monarquía. Presentar á aquellas mujeres con aquellos vestidos era arrojar lodo, después de haber arrojado sangre, al rostro de la deliciosa corte de lujosas mujeres, cuya reina había sido María Antonieta, y á quienes había llevado el huracán revolucionario desde Trianón hasta la guillotina, como el borracho que arrastra por el lodo el vestido blanco de su novia.

El lujo se había quedado reservado para las más viles mujeres: la virtud no podía andar sino cubierta de harapos.

Esta era una de las verdades halladas por el Círculo social.

Y sin embargo, el pueblo que acababa de dar al mundo un impulso tan violento; el pueblo parisiense en quien desgraciadamente el raciocinio viene después del entusiasmo, lo cual hace que jamás tenga sangre fría á no ser por acordarse de las necesidades que ha hecho; el pueblo, pobre y desnudo, no alcanzaba á comprender del todo la filosofía de esta antítesis, y codeaba á aquellas reinas de chiribitil, á aquellas asquerosas majestades del vicio, no con desprecio, sino con envidia. Y luego, cuando lo que veía animaba sus sentidos, y cuando con los ojos ardientes quería echar mano de aquellos cuerpos que pertenecían á todo el mundo, le pedían oro, y si no lo tenía, le despedían ignominiosamente. Así corría por todas partes el principio de la igualdad, proclamado por el hacha, escrito con sangre, y sobre el cual tenían derecho á escupir las prostitutas del palacio Real.

En días como aquellos, la sobreexcitación moral había llegado á tal extremo que la realidad necesitaba de tan

raros contrastes. No sobre el volcán, sino en el volcán mismo era donde se danzaba, y los pulmones, habituados al azufre y á la lava, no se hubieran acostumbrado á los tibios perfumes usados en otro tiempo.

Por eso se levantaba todas las noches el palacio Real, alumbrándolo todo con su corona de fuego: piedra charlatana, gritaba por encima de la entristecida ciudad:

— La noche ha llegado; ¡venid! En mi seno se halla todo; ¡riqueza y amor; juego y mujeres! Vendo de todo; hasta suicidios y asesinatos. Los que no habéis comido desde ayer, los que padecéis y lloráis, venid, venid á mí: veréis cómo nos ponemos ricos; veréis cómo nos reímos. ¿Tenéis alguna conciencia, ó alguna hija que vender? ¡venid! se os llenarán los ojos de oro, y los oídos de obscenidades; os engolfaréis en el vicio, en la corrupción y en el olvido. Venid esta noche: mañana quizás habréis muerto.

Esta era la razón principal. Era menester vivir como se moría: pronto, rápidamente.

Y todo el mundo iba.

El sitio más frecuentado era naturalmente aquel en que se jugaba; allí se podían hallar los medios para conseguir lo demás.

De todas las lumbres ardientes, el número 113 era la que arrojaba más luz con su linterna roja; ella era el ojo inmenso del ciclope embriagado que se llamaba palacio Igualdad.

Si el infierno tiene algún número, ha de ser el número 113.

Todo estaba allí previsto: en el piso bajo había una fonda; en el primero había juego, pues el pecho del edificio tenía en sí su propio corazón; como era muy natural, y en el segundo piso había con qué gastar las

fuerzas adquiridas en el piso bajo, y la plata ganada en el primero.

Todo estaba previsto, lo repetimos, para que el dinero no saliese de la casa.

Y hacia esta casa era hacia donde corría Hoffmann, el poético amante de Antonia.

El número 113 estaba, como hoy, unas cuantas tiendas más allá de la casa de Corcelet.

Apenas se bajó Hoffmann del coche y puso el pie en la galería del palacio, se vió rodeado de las divinidades de aquel sitio, gracias á su vestido de extranjero, que entonces, como ahora, inspiraban más confianza que e vestido nacional.

Nadie desprecia tanto á un país como el mismo país.

— ¿Dónde está el número 113? preguntó á la muchacha que le había cogido del brazo.

— ¡Hola! ¿vas allá? exclamó la Aspasia desdeñosamente: pues bien; ¡hermoso! allí lo tienes: donde está la linterna roja; mas procura reservar un par de luises y acuérdate del 115.

Hoffmann se metió en la casa indicada como Curcio en su golfo, y un minuto después estaba ya junto á la mesa de juego.

Allí había tanto ruido como en un mercado.

Verdad es que allí se vendían muchas cosas.

Las salas estaban resplandecientes en dorados, arañas, flores y mujeres, más hermosas, más suntuosas y más descotadas que las de abajo.

El ruido que dominaba á todos era el del oro: el ruido del oro era el latido de aquel corazón inmundo.

Hoffmann dejó á la derecha la sala en que se hallaba la treinta y una y pasó á la sala de la rolina.

Alrededor de la gran mesa verde estaban en fila los jugadores, todos reunidos con un mismo objeto y todos con diferentes fisonomías.

Había jóvenes y viejos: había muchos cuyos codos se habían roto sobre aquella mesa, y algunos de los cuales habían perdido á su padre el día anterior, aquella misma mañana ó aquella misma tarde, y que tenían fijo todo su pensamiento en la bola que corría. En el jugador no hay más sentimiento permanente que el deseo, el cual se nutre y crece con detrimento de todos los demás. Mr. de Bassompierre, á quien dijeron al tiempo de ir á bailar con María de Médicis: Vuestra madre se ha muerto, y respondió: Mi madre no se morirá hasta que acabe yo de bailar, era un hijo piadoso al lado de un jugador. Un jugador á quien dijeron semejante cosa, no respondería ni aun lo que respondió el marqués; en primer lugar, porque sería tiempo perdido, y en segundo, porque si jamás tiene corazón, jamás tiene tampoco ingenio, cuando juega.

Cuando no juega sucede lo mismo, porque piensa en jugar.

El jugador tiene todas las virtudes de su vicio: es sobrio, paciente é infatigable, y si pudiera emplear de repente en pro de una pasión honrada y de un gran sentimiento la energía de que hace uso en el juego, llegaría á ser muy pronto uno de los hombres más grandes del mundo. Jamás han tenido los Césares, Anibales ni Napoleones, ni aun en el momento de poner en ejecución sus más colosales proyectos, una fuerza igual á la del más oscuro jugador. La ambición, el amor, los sentidos, el corazón, el ingenio, el oído, el olfato, el tacto, todos los resortes vitales del hombre se reúnen en un solo objeto y una sola palabra: jugar. Y no vayáis á creer que el jugador juega para ganar: empieza por aquí; pero acaba por jugar, sólo por jugar, por ver cartas, por manosear el oro, por sentir las extrañas emociones que no pueden compararse con las demás emociones de la vida, que hacen que, ante la ganancia ó la pérdida, ante

esos dos polos cuyos extremos recorre con la rapidez del viento, quemándole el uno, helándole el otro, hacen, repetimos, que su corazón salte en el pecho bajo el deseo ó la satisfacción, como el caballo bajo la espuela, y él entonces absorbe como una esponja todas las facultades del alma, las comprime, las retiene, y hecha la jugada, las arroja bruscamente en torno suyo para volver á cogerlas con más fuerza.

La pasión del juego es la más fuerte de todas, porque no viéndose jamás satisfecha, jamás puede cansarse: es una querida que promete siempre y nunca da: mata, pero no fatiga.

La pasión del juego es el histérico del hombre.

Para el jugador todo ha muerto; familia, amigos, patria. Su único horizonte es la carta y la bola: su patria, la silla en que se sienta, el tapete verde en que se apoya. Condénesele á morir atado en las parrillas como San Lorenzo, y como le dejen jugar, apuesto á que ni siente el fuego, ni se vuelve de otro lado.

El jugador es silencioso: de nada puede servirle la palabra. Juega, gana, pierde; no es un hombre, es una máquina. ¿Para qué había de hablar?

El ruido que había en las salas no provenía, pues, de los jugadores, sino de los testafierros que cogían el oro y que chillaban con voz gangosa.

— Jugad.

Hoffmann no era en aquel momento observador, sino jugador: si esta pasión no le hubiera dominado tanto, hubiera hallado allí larga materia para curiosos estudios. Metióse por entre los jugadores y llegó á la orilla de la mesa: hallóse entre un hombre con carmañola, que estaba en pie, y otro ya viejo, que estaba sentado y haciendo apuntes con un lápiz.

Aquel viejo que había gastado la vida en buscar un desquite, gastaba también sus últimos días en lo mismo,

y sus últimas monedas en procurarlo. El desquite es inhallable como el alma.

Entre las cabezas de aquellos hombres, sentados unos y otros en pie, se veían cabezas de mujeres que se apoyaban en sus hombros, y que con una habilidad extremada y sin jugar, hallaban medio de ganar con la ganancia de unos, y con la pérdida de otros.

Al ver aquellos cubiletes llenos de oro, y aquellas pirámides de plata, hubiera costado trabajo creer que era tan grande la miseria pública, y que el oro costaba tan caro.

El hombre de la carmañola echó un lío de papeles en un número.

— Cincuenta libras, dijo para anunciar su jagada.

— ¿Qué es esto? preguntó el testafarro acercando los papeles con el hierro y cogiéndolos con la punta de los dedos.

— Asignados, respondió el de la carmañola.

— ¿Y no tenéis más dinero que éste?

— No, ciudadano.

— Pues entonces podéis dejar á otro vuestro sitio.

— ¿Por qué?

— Porque aquí no se recibe eso.

— Es la moneda del gobierno.

— Tanto mejor para él: nosotros no la queremos.

— ¡Está bien! dijo el hombre recogiendo sus asignados; ¡dichoso dinero! ni siquiera puede uno perderlo.

Y se alejó arrugando los asignados en las manos.

— ¡Jugad! exclamó el testafarro.

Ya sabemos que Hoffmann era jugador; pero aquella noche no jugaba por jugar, sino por ganar.

La fiebre que lo abrasaba hacía que su alma hirviese en su cuerpo como el agua en la vasija.

— Cien thalers al 26, exclamó.

El testafarro examinó las monedas alemanas, como había examinado los asignados.

— Id á cambiar, dijo á Hoffmann, no se recibe más moneda que la francesa.

Hoffmann bajó como un loco, entró en casa de un cambista que por acaso era alemán y cambió sus trescientos thalers, por cuarenta luisés poco más ó menos.

Entre tanto había rodado tres veces la rolina.

— Quince luisés al 26: gritó precipitándose hacia la mesa, fijándose con la incomprensible obstinación de los jugadores, en aquel número, porque se le había ocurrido la primera vez y por ser el mismo que había querido jugar el hombre de la carmañola.

La bola echó á rodar.

El que estaba junto á Hoffmann recogió dos puñados de oro y los echó en el sombrero que tenía entre las piernas; pero el testafarro se llevó los quince luisés de Hoffmann y muchos otros.

Había salido el núm. 16.

Hoffmann sintió que le corría por la frente un sudor frío como un hilo de mallas de acero.

— Quince luisés al 26, repitió.

Otras voces dijeron otros números, y la bola echó á rodar otra vez.

Aquel golpe fué todo para la banca: la bola había caído en el cero.

— ¡Diez luisés al 26! murmuró Hoffmann con ahogado acento, y luego corrigiéndose, dijo:

— No, nueve nada más, y recogió una moneda para poder jugar otra vez, para quedarse con una esperanza.

El 30 salió.

El oro se retiró del tapete como la marea se retira de la playa á la hora del reflujo.

Hoffmann, cuyo corazón no le cabía en el pecho y que veía en su imaginación el rostro burlón de Arsenia y el

triste de Antonia, puso con su crispada mano el último luis en el 26.

La jugada se hizo en seguida.

Hoffmann siguió á la bola que rodaba, con una mirada ardiente como si fuera su misma vida la que veía rodar.

De repente se echó para atrás, ocultándose la cabeza entre las manos.

No sólo había perdido, sino que no le quedaba un sueldo siquiera ni en el bolsillo, ni en su casa.

Una mujer que un minuto antes se hubiera entregado en cuerpo y alma por veinte francos, lanzó un tremendo grito de alegría y recogió un puñado de oro que acababa de ganar.

Hoffmann hubiera dado diez años de vida por un luis de los de aquella mujer.

Rápidamente y sin reflexionarlo siquiera, hizo un movimiento, registró sus bolsillos, y se tocó por todas partes para no tener la menor duda de lo que le pasaba.

Los bolsillos estaban vacíos; pero sintió una cosa redonda de la forma de un escudo en el pecho y la cogió con violencia.

Era el medallón de Antonia, del que ya no se acordaba.

— ¡ Me he salvado ! gritó ; y arrojó el medallón de oro sobre el núm. 26.

XIX

El Medallón

El testafarro tomó el medallón de oro y lo examinó :

— Caballero, dijo á Hoffmann (porque en el número 113 se decía todavía la palabra caballero) id á venderlo si gustáis y jugad con monedas, porque, lo repito, no admitimos más que oro ó plata amonedados.

Hoffmann tomó el medallón y sin pronunciar una palabra, dejó la sala del juego.

En el tiempo que tardó en bajar la escalera zumbaron á su alrededor muchos pensamientos, consejos y presentimientos, pero se hizo sordo á tantos rumores vagos y entró rápidamente en casa del cambista.

El buen hombre estaba leyendo, sentado cómodamente en su ancha butaca de cuero, con las gafas puestas en la punta de la nariz, alumbrado por una lámpara de suaves rayos á los que se unían los amarillos reflejos de las monedas de oro tendidas en sus barreños de cobre, y metido en un enrejado de alambre, guarnecido de cortinillas de seda y adornado á la altura de la mesa, con una ventanilla, por donde no podía pasar más que la mano.

Hoffmann jamás había visto el oro con tanta admiración.

Abria los maravillados ojos como si en ellos hubiera dado un rayo de sol. á pesar de que acababa de ver en el juego mucho más oro que el que allí había; porque aquel oro, filosóficamente hablando, no era lo mismo. Había entre el oro rápido, ruidoso y agitado del número